

## Vivir a Dios de manera nueva

### 1) El Dios en el que yo creo:

Nací y crecí en una familia cristiana, invocar a Dios era algo tan usual e imprescindible, como el respirar, ir a misa era tan común como comer, y la catequesis se equiparaba a la escuela. Por tanto, la primera transmisión de fe, fue podríamos decir, por herencia. Soy cristiana de toda la vida.

Mi familia, mi parroco, mi maestra...me enseñaron que Dios lo puede todo, es omnipotente, es bueno, pero también y sobre todo es justo, premia a los buenos y castiga a los malos. Esto suponía que tenías que comportarte bien si querías seguir siendo agradable a Dios y estar atento para no ser merecedor de su castigo. A la vez que sentía la providencia de Dios, vivía con cierto temor de "fallar" a Dios. De no ser lo suficientemente buena para que Dios me continuara queriendo. Y el temor al castigo, más que el amor, me movían a comportarme correctamente.

Poco a poco la idea de Dios y sobre todo la experiencia de Dios en mi vida, fue madurando en mí hasta adquirir la imagen actual que tengo. Porque como decíamos esta mañana en la introducción de laudes, *hay que aprender a creer de otra manera*, me di cuenta que no me bastaba la fe heredada en mi infancia, mi fe debía madurar y pasar a ser una fe personal, experiencial.

Me detendré en algunos de los aspectos, atributos de Dios que yo más he experimentado en mi vida y configuran mi fe actual.

### Dios es bueno

El Dios en el que yo creo es un Dios bueno. Infinitamente mejor, más cercano, más amigo, más acogedor y más generoso que lo que tú y yo podamos imaginar. Dios es más grande que nuestros pecados y miserias.

La mayoría de nosotras ha oído desde niñas que **Dios es amor**. Los cristianos lo repetimos mucho. El Papa actual, ha escrito la primera encíclica, dirigida a toda la Iglesia, recordando que esto es lo más importante para nosotros: "Dios es amor". Pensemos un poco en esto.

No es que Dios tenga amor hacia nosotros. No es que sienta amor hacia ti o hacia mí. No. Dios es amor. De Dios solo puede brotar amor. Dios me quiere desde siempre y por siempre. Nadie le obliga a quererme. Él es así. El misterio de Dios consiste en amar... nunca retira su amor a nadie. Dios no puede obrar contra su esencia sino no sería Dios.

Aún existe en muchas personas la idea, que se les enseñó de pequeños, de que para que Dios les acepte, les quiera y bendiga, tienen que comportarse bien. Tienen que ser buenas personas. No han seguido alimentando la fe que recibieron en la infancia. Esta idea es falsa. Dios no te ama porque tú eres bueno; te ama porque El es bueno. Esta es una de las cosas que no deberíamos olvidar nunca: Dios te ama tal como eres, te ama antes que cambies, antes de que te conviertas, antes de que seas mejor. A Dios no se le compra con nuestras méritos. A

Dios le interesa que vivamos bien, se interesa por nosotros, por nuestros proyectos, nuestra salud, nuestra familia, Dios se interesa por nuestra felicidad. Para Dios lo más importante es la vida de las personas. La tuya y la mía. De hecho esto es lo que le llevó a enfrentarse con los dirigentes religiosos del templo, la defensa de las personas.

Para los sacerdotes de Jerusalén y los maestros de la ley, lo más importante era dar gloria a Dios observando la ley, cumpliendo el sábado y asegurando el culto del templo, osea el legalismo, cumplir la ley por encima de todo. Para Jesús, por el contrario, lo más importante son las personas.

Por eso se dedica a curar a los enfermos, a aliviar el sufrimiento, a acoger a los leprosos y marginados, a defender a las mujeres, a devolver la dignidad a las prostitutas, a bendecir y abrazar a los más pequeños. **El Dios en el que yo creo solo piensa en nuestro bien. Se dedica a hacer más humana y llevadera la vida de la gente.** Es infinitamente misericordioso. Dios está en nuestras penas, para transformarlas es fuente de felicidad y de vida eterna. Pero también está en nuestras alegrías para eternizarlas. Felices quienes perciben su presencia y le hacen espacio en sus deseos, sufrimientos y alegrías, en sus corazones y en sus hogares. "Todo sirve para bien de los que aman a Dios" (Rm 8,28).

Si un día nos convenciéramos de verdad que Dios es amor, y sobre todo si un día lo experimentáramos, cambiaríamos nuestro modo de vivir, lo veríamos de otra manera, empezariamos a creer, a confiar ciegamente. **Estoy convencida que solo el amor puede cambiar las personas, es por eso que tanta gente se convierte después de experimentar el amor que Dios les tiene.**

Nos han dicho que **Dios es omnipotente.** Lo decimos muchas veces. Sin embargo no es exactamente así. **El Dios en el que yo creo no lo puede todo.** No puede hacer conmigo cualquier cosa. Solo puede y quiere hacerme bien. No puede rechazarme, no puede manipularme, buscar mi mal...Dios puede lo que puede el amor. **Porque el Dios en el que yo creo es presencia amistosa,** cercana, que me hace vivir y amar la vida de modo diferente. Dios no está cerrando caminos o frenando mi deseo de ser plenamente feliz. Dios me va a respetar siempre, haga lo que haga. El solo quiere que acierte a vivir bien. A veces podemos creer que Dios es demasiado invisible. No lo sentimos. Lo que sucede es que Dios es discreto y respeta hasta el final nuestras decisiones. Su presencia es tan humilde, cercana e íntima que nos puede pasar inadvertida. Está tan unido a nosotros que, si no ahondamos en nuestro propio ser, nos puede parecer que estamos solas. Como dice S. Agustín es más íntimo a nosotras que nuestra propia interioridad.

Nos han dicho también que Dios lo ve todo. **Es omnisciente.** De esta manera te controla siempre y en todas partes, observa todo lo que haces y piensas, te escruta hasta lo más secreto de tu ser. **Sin embargo el Dios en el que yo creo no es exactamente así.** Dios me mira siempre y en todas partes con amor y compasión. Cuida mis pasos. Me penetra enteramente con su amor. "ve en lo secreto de mi corazón". Me protege y vela por mí. No me coacciona, no me fuerza, me deja libre. Me respeta, me ama aunque me equivoque en mis decisiones. Siempre y en todas partes, haga lo que haga, quiere para mí lo mejor. No abandona la obra de sus manos.

¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tu, si me acuesto en el abismo, allí te encuentro (salmo 138.)

También nos han dicho que **Dios es juez**, pero no siempre nos han dicho que no se parece en nada a los jueces de esta tierra. **El Dios en el que yo creo solo puede juzgarme con amor**, buscando solo mi bien. Los jueces cuando imparten justicia tienen que atenerse a las leyes vigentes. Pero Dios no está sometido a ninguna ley. Su única ley es el amor. Solo se atiene a su amor infinito por sus criaturas. No tiene que justificar su amor ante nadie. Él es así. Solo amor, gracia y perdón. “no lleva cuenta de nuestras faltas”.

Nosotros podemos creer en su misericordia o no. Podemos vivir como si Dios nos fuera indiferente, podemos inventarnos un Dios a nuestra medida, un tapagujeros. Todo esto depende de nosotros. Pero Dios no cambiará. Nos estará amando siempre. Solo busca nuestro bien.

Por encima de todo Jesús sanaba a las personas amándolas. Amaba a todos y se identificaba plenamente con todos. Por eso podía decir: “cualquier cosa que hagáis a los más pequeños de estas hermanas y hermanos míos, a mí me lo hacéis (cf. Mt 25, 40.45)

### **Dios perdona siempre**

Es difícil vivir agusto con Dios y con los demás, y disfrutar de la fe si uno no cree de verdad en su perdón.

Conozco gente que poco a poco se han ido alejando de Dios porque no se sentían bien con Él. Nadie les ha ayudado a creer en su perdón. Se creían indignos de su compasión. No creían en la gratuidad del perdón.

Nos imaginamos que Dios es más o menos como nosotros: *queremos a una persona cuando su manera de ser y de comportarse nos agrada, pero, si nos desagradan, huimos de ella*. Creemos que a Dios le pasa lo mismo. Casi sin darnos cuenta pensamos que es como nosotros, que solo sabe amarnos si respondemos fielmente a sus deseos. Pero Dios no es así. **El Dios en el que yo creo no tiene un corazón tan pequeño como tu y como yo**. Dios es Dios. Nunca podremos imaginar cómo nos comprende, nos ama y nos perdona. Su perdón es incondicional e inmerecido. No tenemos que hacer nada para lograrlo. Solo una cosa: dejarnos perdonar.

El cristiano perdona porque se siente perdonado por Dios. Toda otra motivación es secundaria. Perdona quien sabe que vive del perdón de Dios. Esa es la fuente última. «Perdonaos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo» (Efesios 4,32). Olvidar esto es hablar de otra cosa muy diferente del perdón evangélico. El gesto sorprendente y muchas veces heroico del perdón nace de un amor gratuito. No depende de condiciones previas. No exige nada, no reclama nada. Si se perdona es por amor. En el Evangelio se invita a perdonar «hasta setenta veces siete», a perdonar incluso a quien no muestra arrepentimiento alguno, inspirados en el mismo Jesús, que, en el momento en que está siendo crucificado, pide a Dios: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Perdonar no es fácil. Es difícil escuchar la llamada de Jesús: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen», si uno no conoce la experiencia de ser perdonado por Dios. Sólo quien ha experimentado la gratuidad del perdón es capaz de perdonar sin condiciones. ¿Por qué tanta gente vive insatisfecha? ¿Por qué tantos hombres y mujeres encuentran la vida monótona, trivial, rutinaria? ¿Por qué se

aburren en medio de su bienestar? ¿Qué les falta para encontrar la alegría de vivir? Quizá la existencia de muchos cambiaría sencillamente si aprendieran a amar gratis. Se quiera o no, el ser humano está llamado a amar desinteresadamente; y, si no lo hace, se abre en su vida un vacío que nada ni nadie puede llenar. No es una ingenuidad escuchar las palabras de Jesús: «Haced el bien... sin esperar nada». Puede ser el secreto de la vida. Lo que puede devolvernos la alegría de vivir. Somos don y estamos hechos para el don. Sólo en ese movimiento de exteriorización, de entrega desinteresada, radica la felicidad.

**En la carta a los Corintios 13**, Pablo explica cómo es el amor verdadero, y dice que “el amor no lleva cuentas del mal”. Si alguien sabe amar de verdad, ese es Dios. El único que no lleva cuentas del mal. Podemos preguntarnos cómo es nuestro perdón, ¿perdonamos incondicionalmente?, ¿damos sin esperar nada a cambio?, ¿llevamos cuenta del mal? Si piensas que Dios vive anotando tus errores, caídas y pecados, si crees que está molesto contigo porque has vuelto a caer y tu obrar no es como debería ser, si te imaginas que te ha dejado de querer porque has cometido faltas, pecados que a ti mismo te avergüenzan, estás equivocada. Dios no es así.

El pecado nos hace daño, nos deshumaniza a cada uno, nos encierra en nosotros mismos, nos aleja de la gente que queremos, no nos deja vivir con dignidad. Pero en medio del pecado Dios nos sigue amando, está siempre ahí ofreciéndonos su perdón. El nos quiere. Nos espera. Desea lo mejor para nosotros.

Hay veces en que nos sentimos mal, nos sentimos culpables: hemos sido injustas con una determinada persona, la hemos criticado, hemos sido egoístas...no hemos de tener miedo de reconocer nuestro pecado. De confesarnos pecadoras ante Dios. El remordimiento, la venganza, el negar el perdón, no es cristiano, nos encierra en nuestras culpas, nos impide cambiar, avanzar. El arrepentimiento ante Dios nos ayuda a abrirnos con confianza a su perdón, nos llena de paz, nos da fuerzas para convertirnos. Cuando nos amenaza la tentación, el peligro, no hemos de temer, llamémoslo a gritos, como los apóstoles: “¡Sálvanos, Señor, que perecemos!” (Mt. 8, 25), porque me hundo.

Estoy convencida que la experiencia del perdón es una de las más fundamentales para crecer como persona. Habrá momentos en los que también cada una de nosotras necesitará reconocer sinceramente en lo más hondo de sí, su pecado, saberse comprendida por Dios, experimentar su perdón y sentirse aceptada con sus errores y miserias. Entonces una se da cuenta que es una gracia creer en Dios y disfrutar de su perdón.

**En el relato del paralítico** (Mc 2), Jesús lo sana diciendo “tus pecados te son perdonados” y después “levántate y anda”. Es obvio que aquel hombre sufría un complejo de culpa que había paralizado todo su cuerpo. Una vez que Jesús le asegura que sus pecados han sido perdonados, y que no tiene que sentirse culpable de nada, puede levantarse y echar a andar.

También a nosotras, nos cuesta aceptar nuestras debilidades, nuestra vulnerabilidad, Dios nos perdona, pero somos tan limitadas que no creemos realmente en ese perdón gratuito e incondicional que Dios nos ofrece y nos cuesta aceptarlo y perdonarnos a nosotras mismas, y esto nos inmoviliza como al paralítico..

Dios ama y perdona a todos los hombres incondicionalmente. Con esta convicción se acercó Jesús a la gente de su tiempo.

Lo que surge con fuerza de los datos de los evangelios y de otras fuentes es que Jesús se compadeció de todas las personas necesitadas, cualquiera que fuera su dolor y su herida. Su pasión era llevar la sanación a todos. Jesús practicó lo que predicaba, amó a sus enemigos. Al final de su vida cuando los soldados romanos se burlan de él y lo crucifican, su única respuesta consiste en orar: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34). El respeto de Jesús por la dignidad de todas las personas con las que se encontraba era ilimitado. Dios es compasivo y clemente, paciente y misericordioso...No nos trata como merecen nuestras pecados. Ni nos paga según nuestras culpas...Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles, pues él conoce como estamos hechos y se acuerda de que somos barro (salmo 103).

## **Dios es Trinidad**

Desde niños nos han dicho que Dios es Trinidad y así lo hemos aceptado. **¿Qué es creer en un Dios que es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo?**

Lo mejor es ahondar un poco en Jesús. Sabemos que él llama siempre a Dios «Padre». No le sale otra palabra. Para él, Dios no es el «Santo» del que hablan todos, sino el Padre compasivo. No habita en el Templo acogiendo solo a los de corazón limpio y manos inocentes. Jesús lo vive como un Padre que da la vida a todas sus criaturas, sin excluir a nadie de su amor compasivo. Jesús disfruta porque cada mañana Dios hace salir su sol sobre buenos y malos. El punto de partida de la espiritualidad de Jesús, la experiencia de Dios como *abbà* incluía la conciencia de que Dios era un padre amoroso para todos los seres humanos.

Jesús se siente «Hijo» querido de ese Dios. Su vida está marcada por dos rasgos: confianza total en ese Dios Padre, y disponibilidad incondicional para acoger su voluntad. Jesús es el Hijo que acoge el amor grande del Padre a toda la humanidad y vive totalmente entregado a hacer realidad el gran proyecto que tiene en su corazón: un mundo más justo, humano y dichoso para todos. *Nadie lo podrá impedir: ni la injusticia de los hombres ni la crueldad de la muerte.*

Jesús vive lleno de Dios y movido por su «Espíritu Santo». Por eso anuncia a todos que Dios es amor, sobre todo a los que menos se lo esperan: los pecadores y despreciados. Este Espíritu empuja a Jesús hacia los que más sufren. *Es normal, pues ve grabados en el corazón de su Padre los nombres de los más solos y desgraciados.* Los que para nosotros no cuentan, esos son precisamente los predilectos de Dios. Por eso Jesús, que vive movido por su amor, se acerca a ellos, pues no tienen a nadie que enjugue sus lágrimas.

La mejor manera de creer en el Dios trinitario no es entender las explicaciones de los teólogos. Se cree en la Trinidad si se siguen los pasos de Jesús, que vivió como *Hijo* querido de un Dios *Padre*, y que, movido por su *Espíritu Santo*, se dedicó a hacer un mundo más justo y más humano.

Así entenderemos que Dios no es algo frío e impersonal, un ser triste, solitario y narcisista. **El Dios en el que yo creo no es un Dios encerrado en sí mismo.** En su misterio más hondo, Dios es Amor, vida compartida, comunión de personas. Y Dios

quiere que también nosotros vivamos, compartamos y celebremos así nuestra fe en comunidad, con nuestros hermanos.

### **Dios sufre con nosotros**

Estamos acostumbradas a ver la imagen de Jesús crucificado, algunas desde muy pequeñas, en la escuela, en la iglesia, en los hospitales, y hasta en las carreteras donde había fallecido alguien por accidente. Hoy en día es muy discutido el colocar una cruz en lugares públicos. Incluso llevan la causa hasta el Tribunal de Estrasburgo para evitar colocar una cruz en una escuela pública. O por llevar simplemente una cruz colgada al cuello. Y es que si lo pensamos bien, un Dios crucificado es la mayor revolución. En ninguna religión encontraremos nada parecido. La crucifixión rompe todos los esquemas. El crucificado no tiene el aspecto que comúnmente se atribuye a la divinidad. ¿Dónde está el poder, la fuerza, la sabiduría o la grandeza de Dios?, ¿dónde está su belleza y majestad?, ¿cómo puede estar sufriendo así?

Ante el crucificado o retiramos la mirada escandalizados o nos abrimos al misterio increíble de un Dios que nos ama de manera insospechada. **Yo creo en un Dios que ha dado su vida por mí**, para que yo tuviera vida y la tuviera en abundancia. Dios no está lejos ni distante. Está con nosotros. Contigo y conmigo, nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento le salpica. Dios no puede amarnos sin sufrir con nosotros y por nosotros. En esto consiste precisamente la grandeza de su amor.

Empezamos a entender a ese Dios crucificado cuando sabemos amar de cerca a las personas que sufren, y cuando descubrimos por propia experiencia que el amor verdadero hace sufrir. Nos duele su sufrimiento. No podemos amar de verdad a un ser querido sin sufrir cuando lo vemos sufrir. Es lo que le sucede a Dios. No puede amarnos sin sufrir con nuestros sufrimientos. Así es para los cristianos el Dios encarnado en Jesús.

Cuantas veces, nosotras mismas ante la desgracia y el sufrimiento nos hemos preguntado, ¿dónde está Dios?, la única respuesta desde la fe cristiana es que Dios está en todo ser humano que sufre. Dios no solo ha sufrido por nosotros en una cruz hace dos mil años, sino que sufre cada día con nuestros sufrimientos.

La escena ha sido muy divulgada. Un niño judío se estremece con los estertores de la muerte, colgado de una horca en un patio del campo de Auschwitz. De pronto se escucha el grito desesperado de un presidiario: ¿Dónde está Dios? Otro compañero de prisión responde susurrando: ahí, en esa horca. Esta es la fe de los que creen en un Dios encarnado, crucificado y resucitado. Esta es mi fe.

Esta presencia de Dios en nuestro sufrimiento no es algo inútil y estéril. Es cierto que no interviene para destruir a los verdugos o cambiar las leyes de la naturaleza, ni para evitar nuestras caídas, pero está ahí, no abandona nunca a sus hijos. De forma callada pero eficaz conduce la historia de nuestra vida.

Jesús se acerca a nosotros, cuando lo recordamos y hablamos de él. Como en el relato de los discípulos de Emaus, los discípulos siguen hablando de Jesús. No lo pueden olvidar. Comentan lo sucedido. Tratan de buscar algún sentido a lo que han vivido junto a él. «Mientras conversan, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos». Se hace presente allí donde se comenta su Evangelio, donde hay interés por su mensaje, donde se conversa sobre su estilo de vida y su proyecto. **¿No estará Jesús tan ausente entre nosotros porque hablamos poco de él?** Si en la comunidad hablamos más de Jesús y conversamos más con él, nuestra fe sería más viva. Hemos de recordar más a Jesús: citar sus palabras, comentar su

estilo de vida, ahondar en su proyecto. Hemos de abrir más los ojos de nuestra fe y descubrirlo lleno de vida en nuestras eucaristías. Jesús no está ausente. Camina junto a nosotros.

## **2) Como debemos vivir hoy en nuestro tiempo para vivir como Jesús vivió en el suyo**

**Obviamente daré solamente unas pautas, deteniéndome en algunos de los aspectos de la vida de Jesús que considero hoy más urgentes.**

**Si queremos tomarnos a Jesús en serio y vivir como El vivió, al menos debemos ser profetas, testigos y místicos.** Como lo fue Jesús.

La espiritualidad de Jesús tiene que ver sobre todo con el modo en que nos relacionamos con las personas, con el modo en que amamos al prójimo.

Hemos de ser **profetas** de nuestro tiempo: los profetas experimentan una llamada especial que viene directamente de Dios, y su mensaje procede de la experiencia de Dios: "Así dice el Señor Dios"

Conocemos con qué audacia y radicalidad habló Jesús contra los presupuestos y las prácticas de las autoridades religiosas de su tiempo. Volvió su mundo al revés, y el conflicto que ocasionó se hizo tan intenso que, al final, lo mataron para que no pudiera hablar.

Todo intento de practicar la misma espiritualidad que Jesús implicará hablar audazmente y con valentía como el, y afrontar las consecuencias. Implicará alzar la voz contra la injusticia y el dolor, supondrá salir de nuestro conformismo y comodidad en favor de los que no tienen voz. Complicarnos la vida.

Conocemos el relato de los apóstoles cuando son encarcelados y las autoridades religiosas judías les prohíben predicar en nombre de Jesús. Los habían perseguido y encarcelado. El hecho de que Jesús había resucitado transformaba por completo sus vidas. Y desde ese hecho se iluminaba todo. Ellos sabían el riesgo que eso suponía, y su respuesta fue "tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres". Es la experiencia mística de la unión con Dios lo que les permite hablar en nombre de Dios.

Los profetas experimentan no sólo una llamada especial de Dios, sino también una especial cercanía a Dios que les permite comprender los «sentimientos» y «pensamientos» de Dios sobre lo que está sucediendo o sucederá en el futuro. Es esta experiencia mística de unión con Dios lo que les permite hablar en nombre de Dios. Debemos ser consagradas **místicas**, hacer de puente entre Dios y los hombres, saber leer el querer de Dios para su pueblo y transmitirlo a los hermanos.

**No todos podemos ser profetas, es una vocación especial que presupone la llamada Divina. Pero sí todos estamos llamados a ser testigos. Necesitamos ser testigos.**

Los relatos evangélicos lo repiten una y otra vez. Encontrarse con el Resucitado es una experiencia que no se puede acallar. Quien ha experimentado a Jesús resucitado siente necesidad de contarlo a otros, contagiar lo que vive, convertirse en testigo.

Los discípulos de Emaús «contaban lo que les había acontecido en el camino y cómo le habían reconocido al partir el pan». María Magdalena dejó de abrazar a Jesús, se fue donde los demás discípulos y les dijo: «He visto al Señor». Los once escuchan invariablemente la misma llamada: «Vosotros sois testigos de estas cosas»; «como el Padre me envió, así os envió yo»; «proclamad la Buena Noticia a toda la creación». "cómo no hablar de ti si tu voz me quema dentro"

La fuerza que posemos como cristianos y como RR para comunicar la Buena Noticia que se encierra en Jesús es ser testigos de Jesús. Hemos de hablar, en primera persona, de nuestra experiencia. Poder decir: «Esto es lo que me hace vivir a mí en estos momentos». Pablo de Tarso lo decía a su manera: «Ya no vivo yo. Es Cristo quien vive en mí».

El testigo comunica su propia experiencia. No cree «teóricamente» cosas sobre Jesús; cree en él porque lo siente lleno de vida. No solo afirma que la salvación del hombre está en Cristo; él mismo se siente sostenido, fortalecido y salvado por él. En Jesús vive «algo» que es decisivo en su vida, algo inconfundible que no encuentra en otra parte.

Su unión con Jesús resucitado no es una ilusión: es algo real que está transformando poco a poco su manera de ser. No es una teoría vaga y etérea: es una experiencia concreta que motiva e impulsa su vida. Algo preciso, concreto y vital.

El testigo comunica lo que vive. Habla de lo que le ha pasado a él en el camino. Dice lo que ha visto cuando se le han abierto los ojos. Ofrece su experiencia, no su sabiduría. Irradia y contagia vida, no doctrina. No enseña teología, «hace discípulos» de Jesús.

El mundo de hoy no necesita más palabras, teorías y discursos. Necesita más vida, esperanza, sentido y amor. Hacen falta testigos más que defensores de la fe. Creyentes que puedan enseñar a vivir de otra manera porque ellos mismos están aprendiendo a vivir de Jesús.

Al leer los evangelios, la impresión general que nos producen es que **Jesús fue un hombre muy activo**: predicación, enseñanza, sanación y enfrentamiento con los jefes religiosos y políticos. Lo que no siempre percibimos es que detrás de todas estas actividades, y sosteniéndolas, **había una vida de oración constante y de profunda contemplación**. También nosotras llevamos una vida muy ajetreada, demasiado diría yo, el activismo no es bueno, nuestro corazón y nuestra mente están siempre muy ocupados. De hecho incluso cuando conseguimos tener un rato de tranquilidad, la actividad, las preocupaciones entran en nosotros, hay silencio exterior, pero no silencio interior. Cuando más tratamos de permanecer tranquilas o de quitarnos algo de la cabeza, tanto más se presenta de nuevo y ocupa nuestra atención. La meditación nos ayuda a poner cierto orden y paz, vaciando nuestra mente de todos los pensamientos y sentimientos. Necesitamos de ese silencio, meditación para encontrarnos con nosotras mismas y con Dios. Las personas ajetreadas necesitan aprender el arte de no hacer nada, el arte de ser sin más. En palabras de Thomas Merton, la contemplación es esencialmente escuchar en el silencio. Meditación y silencio son inseparables.

Parece que uno de los recuerdos más constantes que los discípulos conservaron **de Jesús es que era una persona que hacía oración con frecuencia**. Muchas veces vieron cómo oraba. A veces se alejaba de ellos para orar (Mt 26,36; Lc 22,41; 11,1). En una ocasión, mientras él estaba orando, vieron cómo su aspecto cambió y su rostro brillaba (Mt 17,2 par). Parece que Jesús aprovechó todas las oportunidades posibles para retirarse a un lugar tranquilo y apartado, con el fin de orar y reflexionar. «Muy de madrugada, antes del amanecer», nos dice Marcos, «se levantó, salió, se fue a un lugar solitario y allí se puso a orar» (1,35; véase también 6,46 y Lc 4,42). Lucas dice que eso era lo que hacía normalmente (5,16). Antes de elegir a los doce apóstoles, pasó toda la noche en la oración (Lc 6,12). Jesús recomienda orar en la privacidad del propio cuarto y denuncia la actitud de aquellos que lo hacen en las plazas para que los vea la gente (Mt 6, 5-6). A estas personas les llama hipócritas. Podemos estar seguros de que el pasaba mucho tiempo orando con las puertas cerradas. Todos los místicos hablan de una experiencia de unión con Dios.

Nada se parece más a Dios que el silencio, por eso me atrevo a decir que quien no necesita el silencio, la meditación en su vida, esta excluyendo a Dios.

La transformación personal empieza cuando sentimos la necesidad de reservar un tiempo para el silencio y la soledad, para la meditación silenciosa. Esto es lo que hizo Jesús y es también lo que tenemos que hacer nosotras. Ser mujeres consagradas, contemplativas y místicas.

Uno de los recuerdos mas intensos que los discípulos tenían de Jesús era que se dirigía a Dios con una palabra familiar, *abbà*.

Si nos resulta difícil tomar a Jesús en serio y vivir como él vivió, es porque todavía no hemos experimentado a Dios como nuestro *abbà*. La experiencia de Dios como su *abbà* fue la fuente de la sabiduría de Jesús, de su claridad, su confianza y su libertad radical. Sin esto es imposible comprender por qué y cómo hizo las cosas que hizo.

Si creyeramos de verdad en el Dios en que creía Jesús, nos inundaría por dentro una alegría y una confianza inimaginables. Nos daríamos cuenta que no podemos hacer otra cosa sino dar gracias.

Jesús contagia fe en un Dios en el que se puede confiar y con el que se puede vivir con alegría, y porque atrae hacia una vida más generosa, movida por un amor solidario. Jesús valoró por encima de todo la capacidad de amar y la capacidad de «hacer el bien sin esperar nada».

Pero el amor, la amistad, la acogida, la solidaridad, la cercanía, la intimidad, la lucha por el débil, la esperanza... son algo gratuito que se ofrece sin esperar nada a cambio. Hay muchos hombres y mujeres entre nosotros que solo pueden recibir un amor gratuito, pues no tienen apenas nada para poder devolver a quien se les acerca. Personas solas, maltratadas por la vida, incomprendidas por casi todos, empobrecidas por la sociedad, sin apenas salida alguna en la vida. Hélder Cámara nos recuerda la invitación de Jesús con estas palabras: «Para liberarte de ti mismo, lanza un puente más allá del abismo que tu egoísmo ha creado. Intenta ver más allá de ti mismo. Intenta escuchar a algún otro y, sobre todo, prueba a esforzarte por amar en vez de amarte a ti solo».

La experiencia del amor es fundamental en la vida cristiana. Se puede afirmar que si uno sigue a Jesús es porque ha descubierto que es amado de manera incondicional, y siente que el único modo de responder a este amor es vivir amando. Lo cierto es que sin amor la vida se vacía de sentido. Si uno no se siente amado, aunque tenga de todo, en realidad no tiene nada, pues el vacío de amor no se puede llenar con cosas ni personas. Y más importante quien no se siente amado es incapaz de amar.

Hay una frase de Jesús que sin duda refleja una convicción y un estilo de actuar que sorprendieron y escandalizaron a sus contemporáneos: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores». El dato es histórico: Jesús no se dirigió a los sectores piadosos, sino a los indignos e indeseables. La razón es sencilla, Jesús capta rápidamente que su mensaje es superfluo para quienes viven seguros y satisfechos en su propia religión. Los «justos» apenas tienen sensación de estar necesitados de «salvación». Les basta la tranquilidad que proporciona sentirse dignos ante Dios y ante la consideración de los demás.

Lo dice gráficamente Jesús: a un individuo lleno de salud y fortaleza no se le ocurre acudir al médico. ¿Para qué necesitan el perdón de Dios los que, en el fondo de su ser, se

sienten inocentes?, ¿cómo van a agradecer su amor inmenso y su comprensión inagotable quienes se sienten «protegidos» ante él por la observancia escrupulosa de sus leyes?

El que se siente pecador vive una experiencia diferente. Tiene conciencia clara de su miseria. Sabe que no puede presentarse con suficiente dignidad ante nadie; tampoco ante Dios; ni siquiera ante sí mismo. ¿Qué puede hacer sino esperarlo todo del perdón de Dios? ¿Dónde va a encontrar salvación si no es abandonándose confiadamente a su amor infinito?

Cuando os veáis juzgadas, sentios comprendidas por Dios; cuando os veáis rechazadas sabed que Dios os acoge; cuando nadie os perdone vuestra indignidad, sentid el perdón inagotable de Dios. No lo merecéis. No lo merecemos nadie. Pero Dios es así: amor y perdón. Vosotras lo podéis disfrutar y agradecer. No lo olvidéis nunca: según Jesús, solo salió limpio del templo aquel publicano que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador».

El Espíritu de Dios nos abre a una comunicación más confiada y sincera con Dios. Nos enseña a orar. Nuestras dudas, interrogantes y resistencias comienzan a disolverse. No es que hayamos encontrado razones y argumentos nuevos para creer. Es otra cosa. Nuestro corazón está cambiando. Sentimos a Dios de otra manera, confiamos totalmente en su presencia sanadora.

*Retiro de Sor Delfi Moral*